

Pasear por
Vegueta



Jaime Morales García

Pasear por
Vegueta

Jaime Morales García



**AYUNTAMIENTO DE
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**
CONCEJALIA DISTRITO I

Edita: Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria

Texto: Jaime Morales García
Carmen Morales García

Coordinación: Espiral Publicidad

Diseño y Maquetación: Artepayá Diseño

Imprime: V. B. Ediciones

Depósito Legal: GC-367-2003

A Gonzalo, mi padre, y a todos los que como él,
besaban el aire de Vegueta,
saludando a una madre
que paciente esperaba tras la ventana.

Índice

Presentación .	13
Introducción .	19
Mapa de localización .	25
Por San Antonio Abad .	29
Camino de la Catedral .	39
Sentados en Santa Ana .	47
Camino de Vegueta alta .	59
Vegueta baja, el barrio que mira al mar .	71
El Pilar Nuevo, trasera de la Catedral .	85
Bibliografía .	95

presentación

Vegueta, barrio fundacional de Las Palmas de Gran Canaria, sin dudar referente para una ciudad que, como toda gran urbe, está perpetuamente sumida en un proceso continuo de cambio.

A nadie se le escapa, que gracias al esfuerzo de sus ciudadanos, nuestra capital está inmersa, en estos principios del siglo XXI, en un proceso de transformación, no ajeno al resto del Mundo. Poco a poco, el viejo "Real de Las Palmas" no sólo realza aquellos valores que como su universalidad atlántica o su hospitalidad, son símbolo permanentes de esta Ciudad. Sino que, siendo capaces de dotarnos de las infraestructuras y servicios necesarios, Las Palmas de Gran Canaria se ha convertido en ejemplo a seguir del esfuerzo colectivo de una ciudadanía por mejorar.

En este contexto, Vegueta, se nos presenta como referente fundamental en nuestra historia. Cometeríamos un grave error si no fuéramos capaces de preservar, difundir y aprender de nuestro pasado para entender nuestro futuro. Es en las épocas de cambios y transformaciones cuando más necesario se hace conocer las raíces de la sociedad.

El Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, en su política de preservar y difundir el rico patrimonio de nuestra capital, no duda en apoyar todas aquellas iniciativas, que como esta pequeña guía de curiosidades, enriquecen nuestro conocimiento sobre un barrio y su gente, semilla de lo que somos hoy en día.

Vegueta, primer asentamiento atlántico de Castilla, el mayor conjunto histórico de todo el Archipiélago, merece que todos, instituciones y ciudadanos, nos esforcemos en su conservación y en su difusión, especialmente entre nuestros hijos y entre aquellos que nos visitan. Es por ello, que desde la Corporación Municipal, vemos como una obligación para con nuestro pasado convertir, en un futuro no muy lejano, a nuestro viejo barrio en Patrimonio de la Humanidad.

JOSEFA LUZARDO ROMANO
Alcaldesa de Las Palmas de Gran Canaria

Caminar por la empedrada calle Balcones mientras la brisa marina refresca la cara, chapotear en la fuente de Santo Domingo, observar las asombradas caras de los niños al levantarse las palomas de Santa Ana asustadas por las campanas de la Catedral. Desayunar, merendar o incluso tapear churros en una Plaza, que todavía conserva todo su sabor isleño. Tantas y tantas sensaciones que se presentan cada vez que recorremos nuestro viejo barrio, orgullosos de su patrimonio, de su historia, de su gente. Vegueta, el mejor ejemplo de un archipiélago, una isla y una ciudad orgullosa de su universalidad, puente de culturas y nexo entre continentes.

"Pasear por Vegueta", se nos presenta como una manera de descubrir el barrio fundacional. La intención del autor no ha sido en ningún momento realizar una guía tradicional. Se pretende que el lector, utilice el anecdotario sobre las calles, las plazas, las fuentes, las iglesias, las costumbres o los personajes como simple excusa para pasear, para investigar. En definitiva "perdersé" por cada uno de los rincones de Vegueta, posiblemente buscando en nosotros la complicidad de nuestros recuerdos para construir nuestro propio barrio.

Como Concejal Delegada del Distrito I de Las Palmas de Gran Canaria, me siento orgullosa de haber tenido la responsabilidad de servir al que probablemente sea el distrito capitalino que mejor refleja el carácter cosmopolita y laborioso de esta capital. Y es que Vegueta y el resto de los barrios que componen este Distrito, son el ejemplo de una sociedad que a lo largo de su historia se hace así misma.

Conozcamos nuestros barrios, nuestras calles, nuestras gentes. Sintámonos orgullosos de nuestro trabajo, de nuestros esfuerzos, por conseguir cada día una ciudad más digna. Sólo así seremos capaces de transmitir a nuestros hijos, a nuestros jóvenes, no sólo los recuerdos, sino lo más importante la sensación de amor, de orgullo y por tanto de defensa de los valores que representa una urbe universal y tolerante como Las Palmas de Gran Canaria.

ALEJANDRA FABRE ALONSO
Concejal Delegada de Patrimonio,
Mobiliario Urbano y Distritos I y VIII

introducción

Sólo se ama lo que se conoce
y sólo se defiende lo que se ama.
F. Morales Padrón

19

Pasear por Vegueta, recorrer las silenciosas calles del barrio fundacional de la Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.

Descubrir sus plazas, sus fuentes, sus iglesias, sus gentes. Admirar el mayor conjunto histórico artístico de toda Canarias para ser conscientes de la necesidad de su difusión y protección.

En definitiva, conocer nuestro pasado, el de una ciudad que emana en cada rincón del viejo barrio su orgulloso papel histórico de primer asentamiento ultramarino castellano, cuna y modelo de la gran aventura americana de los reinos de España.

Existen muchas maneras de pasear por la vieja Vegueta porque posiblemente, la riqueza patrimonial, histórica, cultural o etnográfica así lo permitan.

Recorrerla cuando amanece, pasear por un barrio silencioso, de calles húmedas y solitarias . La Vegueta que concentra su vida en la vieja calle Carnicería, hoy Mendizábal, a la sombra de la Plaza de Abastos. Barrio que se despereza oliendo a churros mientras brota el Sol tras la Catedral desde uno de los elementos que más significado han tenido en su historia, el océano.

Pasear la Vegueta de día, de jornada laboral, de abogados y juzgados, de mansiones burguesas reconvertidas en despachos liberales. De algún que otro turista despistado aún no recuperado del susto de cruzar un barranco que cambió agua por coches, asombrado tanto de la riqueza monumental que sus ojos contemplan, como de haber descubierto entre tanto sol y tanta playa un patrimonio del que nadie les ha informado.

Domingos de Vegueta, de misa en la Catedral, de niños cabalgando en los perros de la plaza o corriendo y fabricando nubes de palomas. De campanas al viento, de mercadillos, de museos semivacíos, de tapas en los alrededores de La Plaza. Pero, también, barrio de tardes vacías que añoran tiempos pasados de paseos y amoríos en sus aceras.

Barrio de día festivo. De Día del Corpus, de encuentros viendo alfombras de flores y añorando lo perdido. De tarde o noche de Jueves Santo visitando monumentos venidos a menos. De saludos y comentarios, de garapiñada y turrón, de iglesias que parecen de clausura por un día abiertas, de Semana Santa sobria, señorial y, a veces, hasta clasista. De Romería del Rosario, de cordones de San Blas, de promesas a Santa Rita o de Carmen en San Agustín.

Subir a la torre sur de la Catedral y como las palomas de Santa Ana, recorrer Vegueta desde el cielo. Barrio de mansiones con azoteas ordenadas, diáfanas y vacías. Pero también barrio de tejados sencillos llenos de vida, azoteas de macetas de flores, donde a veces aun se escucha la llamada de algún gallo. Cielo de espadañas de antiguos conventos desamortizados. De cúpula barroca de los jesuitas emblema del poder de la orden. Y, sobre todo, de aire de mar cortado

por la Catedral, altiva, visible, poderosa. La serena guardiana del pasado de una Ciudad que raramente la mira.

Ojalá esta pequeña guía te sirva para descubrir tu Vegueta, tu barrio. Sólo te proponemos que lo recorras, merece la pena y que, tal vez, en algún rincón de sus calles, encuentres sentido a los versos que un día escribiera el poeta Tomás Morales:

Yo prefiero estas calles serias y luminosas
que tienen un indígena sabor de cosa muerta;
donde el paso que hiera las roídas baldosas,
el eco de otros pasos, legendarios despierta...

Yo prefiero estas plazas, al duro Sol tendidas,
que clamaron un día fastos insulares;
donde hay viejas Iglesias de campanas dormidas,
y hay bancos de granito, y hay fuentes populares.

(Tomás Morales: "El Barrio de Vegueta",
en "Las Rosas de Hércules", 1908)

mapa de localización

Por San Antonio Abad

- ① Una ciudad que surge
- ② Casa Rosarito
- ③ Si Pedro de Algaba levantara la cabeza
- ④ Jugando a la pelota

Camino de la Catedral

- ⑤ Las cuatro estatuas del viejo puente
- ⑥ Miradores de sal
- ⑦ El jardín del Obispo, un coro reconvertido

Sentados en Santa Ana

- ⑧ Al mar, al mar, repican
- ⑨ Los perros de la plaza
- ⑩ Toros en Santa Ana
- ⑪ Castillos y leones

Camino de Vegueta alta

- ⑫ La cruz de madera
- ⑬ La araucaria y el drago
- ⑭ El callejón de Santa Bárbara
- ⑮ El Viera y Clavijo
- ⑯ La plaza de Santo Domingo

Vegueta baja, el barrio que mira al mar

- ⑰ Las argollas del Corpus
- ⑱ Cal para la peste
- ⑲ Irse a las plataneras
- ⑳ La peña de los erizos
- ㉑ Fantasmas en San Agustín

El Pilar Nuevo, trasera de la Catedral

- ㉒ Pescando el agua
- ㉓ El retrato de Santa Ana
- ㉔ Don Gonzalo está enfadado
- ㉕ La Nevería de la Catedral

por san antonio abad

Aquel 24 de Junio de 1478, el leonés Juan Rejón, debía estar nervioso. Aunque se sabía rodeado de buenos ayudantes como el aragonés Alonso Jaime de Sotomayor o el gallego Alonso Fernández de Lugo y de que muchos de sus seiscientos hombres eran buenos soldados como habían demostrado ganando para su señora, la reina Doña Isabel, la victoria en Toro, el capitán castellano debía salir cuanto antes de terreno abierto y desconocido donde podían ser presa fácil para aquellos legendarios e indomables canarios.

Cuentan las leyendas que un viejo canario o quizás una señora salió al encuentro de aquella tropa aquel día de San Juan y que avisándoles del peligro de intentar seguir hasta las lejanas ruinas del fortín de Gando, les guió hasta esta terraza en medio de un palmeral cerca de donde corría un pequeño río al que los aborígenes llamaban geniguada o ...barranco que lleva agua perpetua al mar...

El Real surge, no se funda, en esta pequeña colina. Posiblemente tuviera inicialmente incluso un carácter provisional ya que en las mentes llenas de horizontalidad de aquellos andaluces y castellanos sería inimaginable fundar una ciudad en tal sitio.

Si que era bueno para crear un fortín o campamento militar. El agua cercana del barranco, el bosque de palmeras de donde sacar la madera con que construir

una empalizada, la cercanía del mar y por tanto de las naves y por último, la altura, ideal en las labores de vigilancia y defensa, debieron ser motivos suficientes. ¿Pasaría por la imaginación de aquellos curtidos guerreros que estaban asistiendo al nacimiento de una ciudad?.

Vegueta, de siempre contó con casas de mujeres públicas, sirva de ejemplo la mancebía que desde 1503 se levantó donde hoy está la iglesia de San Agustín y que tan buenas rentas aportó a las autoridades.

Pero como en todo, también aquí tan elegante barrio mostró que existían jerarquías. En Vegueta Alta, a la sombra de las grandes mansiones de Dr. Chil o Espíritu Santo, vivía la Loreto, coto de señoritos y burgueses. Mujer guapa donde las haya dicen las habladurías que fue modelo que inspiró la estatua a Hurtado de Mendoza que se alza en la Plaza de las Ranas. Homenaje a una hermosa mujer que, faltaría más, por discreción Vegueta colocó al otro lado del barranco.

Y en Vegueta Baja, cerca de la plaza de abastos, Casa Rosarito, lugar de desahogo para el otro barrio, lugar de tránsito de campesinos que descargaban no solo en el mercado. Rosario no tuvo estatua, no había que premiar el elegante silencio. A Rosario le tocó la peor condena, el escarnio diario de la inconsciencia infantil.

Generación tras generación, los alumnos de los colegios de la zona hicieron suyo el grito acusador de ...Rosarito...que se repetía acompañado de una carrera temerosa ante la perspectiva de recibir un baño de agua cada vez que se pasaba por delante de aquella extraña puerta entornada.

El tiempo ha pasado, seguramente Rosarito y Loreto ya no existen, quizás nunca existieron, pero sí que resulta curioso que en la casa del Callejón de la Audiencia, donde se asentó tremendo lugar de desahogo o perdición hoy en día esté uno de los mejores restaurantes de nuestra Ciudad. Seguro que a más de uno, se le habrá atragantado la carne, el pescado o el postre imaginando que Rosarito entraba echándole un balde de agua por las veces que, camino del colegio, tocó en la puerta.

Si Algaba levantara la cabeza

Placa a Juan Rejón en el Callejón de Pedro de Algaba

Mañana del 3 de Mayo de 1480, Día de la Santa Cruz, por tal motivo Pedro de Algaba, gobernador de la Isla, acude a la misa oficiada en la primitiva Iglesia de Santa Ana que se alzara donde hoy se encuentra la Ermita de San Antonio Abad. Al acabar la ceremonia, el capitán Juan Rejón, al que todos creen preso en Sevilla, escoltado por sus amigos, irrumpe armado en la iglesia y dirigiéndose al gobernador le reta:

.....Sal fuera, oh traidor, quieras o no quieras. Cree que poco tiempo te valdrá para tu salvación el encontrarte en una iglesia. Si hubiera dado contigo en otro sitio, inútilmente esperarías el más breve momento para tu vida.....

El gobernador es hecho prisionero y conducido a la casa del Alcalde Mayor Don Esteban Pérez de Cabito, íntimo amigo de Rejón. Pedro de Algaba es acusado de alta traición a la corona y como tal, condenado a muerte y decapitado la víspera de Pentecostés del año 1480, en la Plaza de San Antonio Abad.

Si Don Pedro levantara la cabeza y observara que la placa de homenaje a su verdugo Juan Rejón, está colocada en la calle que lleva su nombre, posiblemente de la impresión la volvería a perder.

La calle de La Pelota, a la sombra de la pequeña colina donde se fundara la Ciudad. Frontera de Vegueta con el Guiniguada, su osadía de ser linde de barranco más de una vez le costó que su viejo empedrado se ahogara bajo las enfurecidas aguas.

Calle que recibe el nombre de aquel juego de la pelota, que hoy casi perdido, se practicara en el llano que ocupa.

Jugar a la pelota, cinco contra cinco, pelota de cuero, lana y goma, campo rectangular sin pared, golpeo seco sobre la loseta de barro y que bote fuerte en el saque. Así, como todavía hoy día en Lanzarote, se jugó aquí. Hasta que aquella Ciudad que crecía decidió llegar hasta el borde del barranco.

Calle de viejos artesanos. De tiendas de ultramarinos, hoy casi en el olvido, donde la compra era simplemente la excusa para la conversación. Negocios con clientes que saludaban por el nombre y tenderos que se fiaban de la palabra.

La Pelota, casi anclada en otro tiempo, con gallinas que cacarean y charlas de pájaros o palomas. Apéndice detallista de la Plaza, donde conseguir pienso, herramientas o cueros.

Y frente a ella, La Plaza, otra reina de Vegueta. Epicentro ya perdido de la Ciudad.

Llamada diaria para las madrugadas de descarga, no solo de lo que se cosechaba. Cafetines en los que se ahogaban las penas en ron, oliendo los churros del señorito que volvía de juerga.

Plaza de mujeres de Vegueta y Triana, que la recorrían diariamente, solas o con el servicio que cargaba. Siempre negociando, fieles a su puesto diario, donde se las respetaba y hasta engañaba. Damas que paseaban bajo los arcos de los cuartillos, puestos ambulantes junto al barranco, en busca de cualquier cosa, que La Antigua nunca falla.

Mercado de personajes, de mariscales como Andrés el Ratón, vecino del Guiniguada. Aquel que un día condecoró con un nardo comprado en el Puente Palo el mismísimo alcalde Don José Ramírez, en su visita diaria a la Plaza.

camino de la catedral

Las cuatro estatuas del viejo puente

Inicio de la calle Obispo Codina, junto al Guinguada

39

El Barranco Guinguada, hoy en día sepultado bajo la carretera del centro, siempre fue la frontera entre la señorial Vegueta y la comercial Triana. Hasta finales de los años 60 del pasado siglo, fecha de su derribo, dos fueron los puentes que unían ambos márgenes.

Cerca de la desembocadura del barranco, el Puente Palo, comercial, lleno de negocios, de gente que lo cruzaba camino de La Plaza o de las tiendas de la Calle Mayor, sin dudar, un apéndice del comercial y burgués Barrio de Triana que tocaba la orilla de Vegueta.

Un poco más hacia el interior, el Puente Piedra. Primero, el mandado a construir por el Obispo Verdugo con diseño de Luján, luego el construido en los años 20. Este puente era robusto, señorial, era Vegueta que cruzaba el barranco como queriendo decirle al entorno de la Alameda que también eran parte de ella.

Y coronando las esquinas del viejo puente, blancas estatuas representando las cuatro estaciones. El invierno, con su barba y un cántaro en la mano reflejo de aguas que ya no caen. La primavera y su ramo de flores. El verano y su trigo recién cortado seguramente camino del viejo molino para hacer el gofio. Y, el otoño, muchacha vendimiadora de vinos del Monte.

De los puentes de nuestra Ciudad ya sólo nos quedan los recuerdos. Y además, cuatro viejas estatuas, siempre a punto de ser atropelladas, señalando donde se ubicó el Puente Piedra y recordándonos lo que a veces los hombres pueden llegar a hacer en nombre del progreso.

Torres, espadañas y miradores son las edificaciones que escapan hacia el firmamento uniendo la tierra con el cielo. Donde abundan originan una singular sinfonía mezcla de aire, azul celeste y campaniles. Produce tristeza una torre o una espadaña muda y ciega, o un mirador que no mira.

La torre es símbolo de vigilancia, y de ascensión. De inmediato su visión evoca la de Babel, concebida en un gesto de soberbia para subir y llegar a la altura de la divinidad. Gesto que Dios castigó confundiendo el lenguaje de los que pretendían tocar el cielo.

Nuestra ciudad es pobre en torres. Las oscuras y altivas torres catedralicias (1821 a 1857) apenas han dejado florecer en su sombra a la torre de los Jesuitas (hacia 1754) y la de San Agustín (1664) hermana de la de Santa Brígida.

Ni los conventos ni las ermitas han mostrado proclividad hacia las torres. Han preferido la humilde espadaña, que viene a ser la forma más sencilla de campanario, pues se reduce a una, dos o tres arcadas coronadas por piñón y donde cuelgan las campanas. Comenzadas a usar en siglo XII alcanzan su esplendor en la centuria XV. Poco después desembarcaron en el Real de Las Palmas y coronaron los numerosos conventos y ermitas de la urbe: Santo Domingo, San Francisco, Espíritu Santo, San Juan, San Roque...

El mirador, al igual que muchos elementos culturales, procede del fondo del Mediterráneo. En España se desarrollan a partir de la época musulmana. Su funcionalidad es múltiple: como atalaya para avistar al enemigo, al tiempo que sirve de inmueble - habitación y de solana. En las ciudades marítimas - Cádiz, Las Palmas de Gran Canaria - se usan para otear el horizonte y saber de los barcos que llegan o se van. No falta el mirador en ciudades de Interior, tipo Sevilla en las que el lejano y marino horizonte no es el objetivo.

Las torres - miradores canarias poseen una función similar a las gaditanas y sevillanas pues ambas sirven también para cultivar unas plantas, charlar con los vecinos, tender la ropa, o contemplar la batalla de Trafalgar como cuenta Pérez Galdós ...La mayor cantidad de miradores grancanarios se alzan cercanos a las calles Peregrina y Castillo, obteniéndose una original y bella vista desde la esquina de Obispo Codina con Mesa de León.

Toques de vísperas, toques de alba, toques de ángelus, toques anunciando fiestas o desgracias, toques broncos de severos sacristanes, toques bullangueros de juguetones monaguillos, toques gráciles promovidos por manos monjiles, toques de torres y toques de espadañas en una Vegueta cuyos miradores nos dicen adiós con un pañuelo de luz vespertina.

El jardín del Obispo, un coro reconvertido

Calle Obispo Codina

43

Cuando uno visita una catedral suele encontrar en su interior, el coro, especie de pequeño parlamento donde el Cabildo Catedralicio se reúne para sus oraciones. Nuestra catedral actualmente carece de él, aunque esto no siempre fue así.

Santa Ana por supuesto que tuvo su coro. Ya en 1497 se cita su existencia, posiblemente en la primitiva iglesia que se levantara donde hoy se ubica San Antonio Abad.

Lorenzo de Campos, en el dibujo que realiza de la Catedral en 1690, nos muestra un coro con cinco entradas: dos por el trascoro, una por cada nave y otra hacia el altar.

Así debió permanecer hasta 1802, año en que se encargó construir otro mucho más monumental a Luján Pérez. El maestro diseño una obra un tercio mayor que la anterior y con solo dos entradas, una por cada nave, sumándose la labor de Ossavarry, en el diseño de las tribunas, y Sebastián Melián, que en 1818 fabrica con caoba americana la sillería.

Pero el coro tenía los días contados y, en la década de los 60 del pasado siglo XX, el Obispo Pildain ordenó su desmantelamiento. Así, las sillas se diseminaron

por el interior del templo. Hoy en día, tras la restauración de Santa Ana, se han concentrado tras el altar mayor.

La fábrica diseñada por Luján Pérez, desmontada piedra a piedra, se almacenó hasta que, gracias a la idea de Don José Miguel Alzola, y con el fin de que esta obra artística se ganara de nuevo para la Ciudad. Se convirtió en la pared que cierra el jardín del Palacio Obispa por la calle Obispo Codina.

En definitiva, quién le iba a decir al Maestro Luján que sus monumentales lienzos terminarían de tapia de huerto, cambiando los murmullos de rezos matutinos por desafinadas bocinas de coches. Sin duda, nadie debe poner en entredicho las poderosas razones que debieron asistir al Señor Obispo.

sentados en santa ana

Al mar, al mar, repican

Fachada de la Catedral de Santa Ana

47

Sin dudar, es la fachada de Santa Ana, el gran fondo del escenario que es Vegueta. Altiva y poderosa, la vieja portada decimonónica fue pensada, sin lugar a dudas, con el fin de ser vista, respetada e incluso temida.

Sin embargo, a veces, la entrada de la catedral denota tristeza. Las viejas piedras, manchadas de excremento de las palomas de la cercana plaza, posiblemente añoran el mar. Porque, Santa Ana, como preludeo de lo que luego ha hecho la Ciudad, le dio la espalda al océano.

Solo dos sonoros elementos rompen la tristeza y la soledad del viejo muro. Sonidos que rivalizan por alegrar a su dueña pero sobre todo por ser referencia del barrio fundacional: el reloj y las campanas.

La Catedral de Santa Ana siempre contó con reloj. Durante siglos, fue protagonista del devenir diario de esta Ciudad. Por ejemplo, eran sus campanadas las que regían los repartimientos de las horas de agua para el riego o las que ordenaban los cultos de la catedral.

Por tanto, el asunto del reloj siempre fue tema muy serio para los señores canónigos del Cabildo Catedralicio y nunca se reparó en gastos tanto para su compra como para su mantenimiento. De la lejana Malinas y por 2250 reales se trajo en 1601 el que sustituyó al destruido por los holandeses en 1599. Luego

vendría otro allá por 1651, hasta llegar al que a bordo de la corbeta de su graciosa majestad Scipion, arribó procedente de Londres, en Diciembre de 1775.

Pero la Ciudad no le ha sido a nuestro reloj todo lo fiel que a él le hubiera gustado. No entiende porque lo tuvieron que desplazar desde su protagonismo absoluto de la torre sur de la antigua fachada, cuando hasta la calle que creció a su vera lleva su nombre, Calle del Reloj.

Aunque realmente lo que nunca soportó es que la Ciudad, antes que a su carillón, prefiriera ponerse en hora con un vulgar cañonazo que se lanzaba a las doce del mediodía desde el Risco.

El otro elemento que llena de sonoridad el cielo de Vegueta, son las campanas de la Catedral. Y, cuatro, como los puntos cardinales son las pregoneras que desde lo alto de su torre un día inspiraran incluso al mismísimo Camille Saint-Saëns.

Mirando hacia el norte, hacia la comercial Triana, está la campana llamada de San José o San Martín, ya que se orientaba hacia el antiguo hospital de este nombre. Su tono, tras ser nuevamente fundida por haberse quebrado, creció como la Ciudad a la que mira, pasando de Fa a Si.

Hacia el este, repica la llamada de San Pedro. La campana chica dicen que mira en dirección a la iglesia pero más bien, con su dominante tono MI, lo hace desafiante hacia el mar.

En el sur está la Santa Ana, ésta mira a la aristocrática Vegueta, y en su honor, suena en un sofisticado y elegante, Fa Sostenido.

49

Y, por último, orientada hacia el oeste está la mayor de ellas, la llamada de la Antigua o campana grande, que se asoma orgullosa a la Plaza para mostrar su ostentoso repique con un poderoso tono Sol.

Si existe algo que identifica a la Plaza de Santa Ana es, sin lugar a dudas, el grupo de ocho perros que la presiden frente a la Catedral. Estos elegantes animales, son un símbolo para la ciudad porque lo son para sus ciudadanos.

Pocas serán las personas que en algún momento de su infancia no haya cabalgado sobre uno de los canes de la Plaza y serán pocos, muy pocos, los que no tengan enmarcado en su memoria algún rato agradable a la vera de ellos. Es como si uno no se pudiera considerar un verdadero ciudadano si no tuviera una foto, muchas veces ya ajada, formando parte de tan curioso grupo escultórico.

En su novela Faycan, un relato lleno de compañerismo y amistad, el genial Víctor Doreste nos contó la historia de estos maravillosos perros. Casi al final, el escritor nos desvela los nombres de cada uno de ellos. Así sabemos que nuestros fieles e inseparables compañeros de juego son Tenoyo, Aterura, Doramas, Bentayga, Tirajano, Mogano, Tindaya y Faycan.

Pero nuestros perros no son únicos, fueron comprados por catálogo a una fundición anglobelga a finales del siglo XIX. Así, por ejemplo, en Londres, en la Iglesia de Saint George, cerca del Soho, hay una réplica casi exacta de los perros de Santa Ana.

Poco nos importa, ya que seguro que ni los primos británicos tienen nombre ni, por supuesto, llevan tanto tiempo cargando sobre sus grupas las ilusiones de generaciones y generaciones de niños.

La plaza de Santa Ana como centro neurálgico de la ciudad durante siglos fue y en cierta medida sigue siendo epicentro de las celebraciones que a lo largo de las centurias jalaron la vida de la tranquila ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.

Desde los Autos de Fe de la Inquisición en el siglo XVI hasta las elecciones a reina del Carnaval de finales del siglo XX, Santa Ana siempre se ha llenado de espectáculos diversos y de espectadores ansiosos por divertirse, atemorizarse o reivindicar en escenario tan singular.

Pero si existe un acontecimiento que por su curiosidad merezca la pena mencionar en esta líneas es sin lugar a dudas imaginarnos la plaza de Santa Ana convertida en una plaza de toros.

Luis García de Vegueta nos cuenta que en 1707 y con motivo del nacimiento del Infante Don Luis, hijo del rey Felipe V, entre los diferentes actos organizados en nuestra Ciudad para celebrar tan grato acontecimiento, delante del ayuntamiento diez jinetes corrieron toros resultando dos caballos heridos. Singular hecho para una ciudad tan poco taurina como la nuestra aunque no pensemos que hablamos de un festejo aislado, correr toros fue algo bastante frecuente, sirva de ejemplo la festividad del Corpus.

Para toros lo que se dice toros, los que a finales del siglo XIX estoqueó en la Plaza de la Feria, el gran Rafael Gómez el Gallo, padre de los inmortales Joselito y Rafael. Cuentan las crónicas que el triunfo fue apoteósico, cortando el maestro las dos orejas del astado.

Seguro que tras tan clamoroso éxito, la multitud, enloquecida ante el arte desplegado por "Rafae", se llevarían a hombros por la antigua carretera del Puerto, hoy León y Castillo, al confundido diestro. Sin entender, como era posible que tan lejos de su tierra lo llevaran camino del Barrio de Triana.

La planta baja de la Casa Regental, es sin lugar a dudas, una de las mejores muestra de la arquitectura civil renacentista que encontramos en Canarias. Estudiada con profundidad pensamos existen dos curiosidades que merecen la pena mencionar .

La primera, la decoración con castillos y leones en el arco de piedra que enmarca su puerta. La Casa Regental desde su construcción es un centro oficial, en ella residía el poder civil, el regente o representante del rey en la isla. Gran Canaria tras su conquista se incorpora al reino de Castilla y lo que se representa en la puerta no son sino los símbolos de Castilla, leones y castillos, una especie de tarjeta de presentación para que todo aquel que traspasara el umbral de tan espléndido edificio supiera que ahí residía el poder de la corona dueña y señora del Atlántico.

Por otro lado, se observa que el piso del zaguán de la casa está aproximadamente un metro más abajo del nivel de la calle. Realmente estamos admirando el piso original de la plaza del siglo XVI, ya que el edificio se asienta sobre ese nivel. Por tanto pisar la entrada de la Casa Regental es andar sobre la historia de la Ciudad.

Solemne y poderosa fachada de la Casa Regental. Ejemplo de un viejo barrio

que sorprende continuamente con escenarios de piedra evocadores de tiempos donde por encima del dinero estaba la cuna.

Espíritu Santo, Dr. Chil, López Botas o Balcones, son calles donde las paredes tienen dueños, reflejados en los blasones que orgullosos coronan las mansiones, hoy día cerradas.

Casonas decoradas con zaguanes de cristalerías. A veces, como con el poderoso guerrero que sirve de portero en la casa del marquesado, frente a la Ermita del Espíritu Santo, ostentosas. Normalmente, un simple cristal labrado o una cancela, que sustituyendo al portón de madera, da paso, a otra de las grandes herencias andaluzas de este barrio, el patio.

camino de vegueta alta

La cruz de madera

Ermita del Espíritu Santo

59

A la derecha de la puerta de la Ermita del Espíritu Santo hay colocada una sencilla cruz de madera, con ella la Cofradía del Santísimo Cristo del Buen Fin organizadora del Vía Crucis de la madrugada del Viernes Santo nos indica que en esta iglesia tiene su sede.

Semana Santa en Vegueta, tan contradictoria como el propio barrio. Nuestra semana mayor, como no podía ser de otra manera en una isla atlántica a medio camino entre continentes. Es una simbiosis de costumbres, que importadas en un momento dado, se funden dando lugar a ese estilo tan particular con el que se celebra la pasión. La cofradía del Buen Fin, en su vía crucis penitencial por las calles del viejo barrio la madrugada del Viernes Santo, es fiel reflejo de esta fusión que se produce esa semana por las calles de Vegueta.

Tiene poco, muy poco de andaluza, tal vez algo en la pequeña bulla de personas que se produce para ver la dificultosa salida del Cristo. Mucho, bastante de castellana, en la sobriedad tanto de la imagen como del desfile procesional.

Pero sobre todo lo que posee son los aires de la señorial Vegueta. Señorial son las hopas que no túnicas, burdeos que no moradas, que los hermanos a cara descubierta portan cual regidores acompañaban al Cristo carcomido de los agustinos. Señoriales son los apellidos de muchos de ellos. Señorial es que la gente no se integre sino que acompañe detrás.

En fin, curiosidades de una Semana Santa con tronos que tienen dueños y saludan con una leve inclinación de cabeza al pasar por la Alameda.

La Plaza del Espíritu Santo tiene algo de enorme escenario teatral, el conjunto que forman las edificaciones que rodean este triángulo parecen creados para asombrar. Hasta la primera mitad del siglo XX, éste fue el punto de partida hacia el sur de la Isla, a través de la Vega de San José y hacia el centro, cruzando el barrio de San Roque. No es de extrañar pues que esta plaza, con sus enormes fachadas blasonadas y su romántica fuente cubierta decorada con cuatro estatuas, tenga que ser vista como lo que realmente es, una original y monumental portada.

Y en ella, a la sombra de la humedad del templete, crecen un viejo drago canario y una altiva araucaria americana, simbología de un viejo barrio atlántico vinculado casi desde su fundación a la aventura americana. Vegueta, cuna de la primera ciudad que Castilla funda fuera del territorio peninsular, es quien mejor representa en sus casas coloniales, en sus silenciosas calles que recorriera el mismísimo Colón, o en su penetrante olor a mar, la identidad de un Archipiélago puente de unión entre continentes.

El callejón de Santa Bárbara

Calle Santa Bárbara

63

Santa Bárbara es una de las calles que mejor reflejan la simbiosis que siempre se dio en el barrio.

El nombre lo recibe del antiguo altar que dedicado a tan explosiva santa, dicen tuvieron las monjas del extinto convento de San Ildefonso, dando a esta calle.

Callejón que incluso no tiene derecho ni a acabar como Dios manda, sino que queda aprisionado entre las mansiones a las que sirve. Calle de servicio, de cocheras de carruajes de cortinas echadas. De dos aceras separadas por algo más que un simple trozo de asfalto.

Santa Bárbara, como tantas y tantas del barrio era calle de trabajo, de mucho trabajo. De gente que partía o llegaba muy temprano. De artesanos del latón o mecánicos como Maestro Rafael, que a la sombra de aquellas mansiones, se hicieron con un nombre y sobre todo con un respeto.

Pero también calle donde no existían clases sociales para jugar al boliche con cojinetes sacados del taller, para tertuliar los sábados oliendo a gasoil o para, sin importar el apellido, saludarse de azotea a azotea y entre macetas de flores repasar la vida del barrio.

Algo emana de estas viejas paredes. Posiblemente un sentido de la convivencia ya inexistente en nuestra Ciudad. Será por eso, que Santa Bárbara, tiene un honroso privilegio. Ser la calle del Archipiélago que más Premios Canarias ha dado. Aquí se criaron y jugaron tres de ellos:

Lola Massieu, la insigne pintora, que con casa en el que fuera antiguo taller Luján Pérez, es reflejo de una generación de artistas que nacieron y habitaron este barrio.

Antonio Bethencourt, uno de los maestros de la actual generación de historiadores canarios.

Y, Francisco Morales, americanista, reflejo de la universalidad de nuestro Archipiélago y su especial vinculación con el continente hermano.

Vegueta tuvo de siempre colegios. El obispo Don Diego de Muros, en 1497, estableció las escuelas parroquiales de primeras letras donde los niños debían aprender a leer, escribir y contar. Los dominicos en su convento de la plaza de Santo Domingo contaban con aula de teología con dos cátedras en el siglo XVI. Así mismo, los agustinos en su convento de la baja Vegueta tuvieron cátedras de filosofía y teología.

El testigo lo cogerán los jesuitas cuando en Enero de 1697 abren su colegio en la actual calle Doctor Chil, impartiendo clases de gramática y primeras letras. Destacar además, en el Siglo XVIII, la labor del Seminario Conciliar creado en 1777 tras la expulsión de la Compañía de Jesús, y de las escuelas populares que en 1769 había creado la Real Sociedad Económica de Amigos del País verdadero foco de las ideas ilustradas. La enseñanza en nuestra ciudad durante el siglo XIX tiene nombre propio en la figura de Don Antonio López Botas, fundador del Colegio de San Agustín, por cuyas aulas pasará lo más granado de la sociedad isleña en la segunda mitad del siglo XIX y primera del S. XX, sirvan como ejemplo las figuras de Benito Pérez Galdós y Fernando León y Castillo.

En la última centuria muchos han sido los colegios que han llenado de niños las calles del Barrio, unos perviven, como los jesuitas vecinos de la marea donde acaba Vegueta o las Adoratrices y su impagable labor social. Otros se mudaron como el de las monjitas de la Sagrada Familia de la calle San Agustín y por últi-

mo, algunos cumplieron su labor y , como el Viera y Clavijo, se perdieron para siempre. Un lugar de honor en la historia de este barrio tendrán siempre Don Pedro Cullen, Don Juan Melián , Don José Naranjo y tantos y tantos otros que simplemente fueron buenos maestros de escuela.

La plaza de Santo Domingo

Plaza de Santo Domingo y alrededores

67

Posiblemente sea en este cuadrilátero de Santo Domingo uno de los mejores rincones para entender la historia del barrio.

Por un lado la oficial. Esta plaza, junto a la iglesia que la preside, es el único vestigio que nos queda del poderoso convento dominico de San Pedro Mártir.

Plaza en la que se proyecta la alargada sombra de la cercana Inquisición. Cerca de aquí, el 22 de Febrero de 1614, es quemado vivo por el brazo secular, el marino holandés Gaspar Nicolás Claysen. Y es que las huertas del convento de los dominicos, hoy día ocupada por la feligresía de Santo Domingo, era el lugar designado para tan macabro espectáculo.

Historia de frailes celosos de sus privilegios, siempre enfrentados al Cabildo Catedralicio o con sus rivales agustinos de la baja Vegueta.

La del viejo convento desamortizado, convertido en leprosería y manicomio y por último demolido.

Pero, Santo Domingo es también parte de la historia cotidiana de este viejo barrio. Plaza de bancos de cantería canaria, con volutas que servían de improvisados pupitres para acabar las tareas colegiales. O de laureles de indias que cobijaron tertulias donde se arreglaba y desarreglaba el mundo. Plaza de mantecados y pan bizcochado. De pejines, lapas y ron en "La Vieja" o "La Africana".

Escenario pensado para la fiesta, ahora aquellas viejas romerías a la Virgen del Rosario acompañada de faroles encendidos. O los días de San Blas, con milagrosos collares de hilo que servían de vacuna para tener menos miedo al temible garrotillo. Plaza de Semana Santa grande, de tambores camino de un "encuentro" en Santa Ana o de una tarde de tormenta donde un "Cristo azotado" pasó a llamarse "Jesús del Granizo".

Santo Domingo, espacio ideado para las correrías infantiles, con fachada de iglesia convertida en portería de fútbol. Uno de los pocos lugares del barrio donde no importaba la cuna sino como le dabas a la pelota.

vegueta baja,
el barrio que mira al mar

Reza un pequeño y popular dicho, de esos que aprendemos cuando niños y nos acompañan toda una vida:

Tres jueves tiene el año que relucen más que el Sol,
Jueves Santo, Corpus Christi y el Día de la Ascensión

Y a fe que Vegueta cumplía religiosamente con dicha tradición y relucía como nunca esos tres días tan señalados.

El Día de la Ascensión, la protagonista fue y es la Catedral. Ese día, tras la misa, se expone el Santísimo acompañándose con la denominada "lluvia de flores".

Consiste en que, mientras se canta la tercia, desde lo alto de la basílica se produce una espectacular lluvia de pétalos de flores.

El Jueves Santo, era uno de los dos días grandes de Vegueta. Día de estreno, las familias lo más elegantemente posible recorrían y recorren las calles del barrio. Yendo de iglesia en iglesia para visitar los siete monumentos que manda la tradición, los vecinos no sólo cumplían con el precepto. Sino que, aprovechaban para comprobar si "el suyo", era el más elegante y espectacular. La rivalidad era tanta que se llegaban a prestar los objetos domésticos de plata con el fin de engrandecer en todo lo posible a la parroquia.

La noche del Jueves Santo es día señalado para el viejo barrio y una de las pocas en que la eterna tranquilidad de sus calles se ve alterada por el continuo saludo y posterior comentario.

El otro día grande de Vegueta era el Corpus. Ya en 1507, tenemos noticia de la celebración en Canarias de dicha festividad. Fiesta grande para la incipiente ciudad, aparte de las celebraciones religiosas, las calles de Vegueta eran escenario de danzas, loas, comedias, autos sacramentales y entremeses en honor al Santísimo.

Esa visión del Corpus como fiesta importante de nuestra Ciudad se mantuvo hasta no hace muchos años. Todavía en la memoria de muchos resuena la algarabía de los vecinos de las calles Espíritu Santo, Doctor Chil, Reyes Católicos, Balcones, Mendizábal, Pelota y Obispo Codina en las vísperas, cuando afanosamente se elaboraban las alfombras en las calles. O las luminosas mañanas de aquellos jueves de junio en el que se paseaba por Vegueta respetuosamente por las aceras evitando el más mínimo roce con aquellas obras de arte y se felicitaba a sus autores a la vez que discretamente se comparaba. O la admiración ante el gran tapiz floral con que el Ayuntamiento cubría la totalidad de la Plaza de Santa Ana. De los militares cubriendo todo el recorrido. De la custodia sallendo de la catedral mientras las palomas volaban asustadas por el repicar de las campanas. O de la batería de artillería dando las salvas de ordenanza desde el Risco de San Nicolás y de tantas y tantas cosas de aquel corpus.

Poco nos queda de esa fiesta, hasta el día se cambió. Sólo, en algunas calles de su antiguo recorrido se conservan en las paredes de las viejas fachadas las arandelas de hierro a las que se amarraban las hojas de palmeras que a modo de pasillo verde cubrían todo el itinerario de la procesión. Argollas que nos hablan de una ciudad que desgraciadamente a veces no ha sabido o no ha podido salvar sus tradiciones.

Por Carmen Morales García

San Francisco de Borja, la antigua capilla del colegio de los jesuitas constituye hoy por hoy uno de los mejores ejemplos del barroco que posee Vegueta. Sus columnas salomónicas se defienden del paso de una vía estrecha llena de humo, de una casi imposible perspectiva completa de su fachada y de una larga calle empinada llena de historia y balcones que se difuminan entre tanta cal blanca. Pero ella sobresale, solemne, por su piedra de oscura cantería, por sus insinuantes recovecos, claros oscuros de un barroco que nos invita a volver atrás, a retroceder a una atmósfera pasada que solo la luz y el espacio nos puede evocar.

La muerte en el aire, la muerte en la calle, la muerte en las piedras. Penetrando en el zaguán continuo, entre la madera carcomida, avistamos el patio del primer colegio fundado en la ciudad. Colegio de los Jesuitas, su planta del siglo XVII nos adentra en Las Palmas del Barroco. Un siglo de peste, epidemias, vida corta y alma infinita que así parecen susurrar las columnas, que apuntaladas, rezuman entre sus poros la blancura de la cal.

Cal para la peste. Cal purificadora. Hermoso patio donde aún llora la piedra, llora por su "mal", llora por su historia, llora sin que nadie se dé cuenta o a nadie

le importe. Pero el claustro, a pesar del peligro que supone al viajero, nos cuenta historias de rezos y hogueras, fuego de ropajes, inciensos purificadores del corrupto aire.

Si volvemos al zaguán, nos saluda desde el fondo del solar, la cúpula de San Francisco. El barroco es, en sí mismo, la historia de la muerte como compañera cotidiana, recovecos de un alma dolorida que se plasman en el sufrimiento en la piedra y en la talla. A la entrada de la iglesia, si doblamos hacia la izquierda, escondido, en penumbra, aparece el antiguo Cristo del primer colegio de los jesuitas junto al mar. Es barroca su luz, su lugar, su proporción. Absurdo el tamaño de la imagen con respecto al lienzo que la sostiene. Es barroco lo que siente el viajero, la impresión, la humildad, el recogimiento. Y uno se pregunta ¿tan grande sois y tan pequeño?

Irse a las plataneras

Calle de Los Reyes Católicos y Cementerio de Las Palmas

77

Calle de los Reyes, larga, elegante, la verdad que no se merece el destino que el barrio durante siglos le dio.

Tuvo que sufrir que al final de ella, se alzara el cadalso de la horca. Permanentemente levantado en esta calle, el cruel patíbulo recordaba a vecinos y forasteros el poder de la justicia real.

La relación que la calle de los Reyes y la muerte establecieron un buen día no acaba ahí. Aunque los enterramientos hasta el siglo XIX, se realizaron en las Iglesias y conventos. La calle volvió a asociarse con la dama negra, a raíz de la epidemia de fiebre amarilla de 1811. Las numerosas víctimas realizaron su último paseo por Vegueta precisamente por esta vía, camino de los cercados de plataneras al sur de la ciudad. Origen en esta epidemia tiene la frase irse para las plataneras, indicando que alguien se muere.

Aprovechando que los cercados del sur del barrio ya habían tenido esa utilidad, se planifica y construye, con esa maravillosa portada neoclásica diseñada por Luján Pérez, el primer cementerio municipal.

Es a partir de este momento cuando la Calle de los Reyes, adquiere todo su protagonismo. Durante los siglos XIX y XX, fue vía de tránsito para los vecinos de la Ciudad en su último paseo por la misma.

Unos con más boato, con carroza y plañideras contratadas, que el hambre hace llorar muy bien. Otros con mayor sencillez, simplemente con la cruz parroquial, el cura y su monaguillo oliendo a incienso. La realidad es que ricos, pobres, famosos y desconocidos, pasearon por los Reyes siempre de norte a sur, hasta llegar a su final, a su pequeña plazoleta.

Seguro que tras despedirse de los familiares del finado, a la sombra del "árbol del responso", que eso de ir a los cementerios es costumbre nueva. Algún vecino se retiraría camino de su casa, estremecido, mientras recordaba los versos que coronan la fachada del cementerio:

"Templo de la verdad es el que miras,
no desoigas la voz con que te advierte
que todo es ilusión en esta vida,
menos la muerte".

Casi al final de Vegueta, lindando con el cementerio y el mar se ubica la Plazoleta de Santa Isabel. Recibe este nombre de la antigua fortaleza que con el nombre de la Reina Católica se alzara en el lugar como bastión defensivo e inicio de la muralla que cerraba el barrio y la Ciudad hacia el sur.

Hoy en día, la plaza, enmarcada entre los Juzgados, oficinas de abogados y un ambulatorio se ha convertido en lugar de paso rápido, fugaz. Llena de gente ansiosa por aparcar, por llegar tarde, Santa Isabel cambió el muro almenado que un día la uniera al mar por la Avenida Marítima, posiblemente el mayor sacrificio que nunca el barrio le hizo a la Ciudad, renunciar a su océano.

Santa Isabel era la entrada a su playa, hoy sepultada bajo la gran carretera. Y es que Vegueta, aunque pequeña, rocosa y sólo con arena en temporadas, poseía también su cala.

Y en ella, frente a cualquier intrépido se alzaba, desafiante, La Peña de los Erizos, meta arriesgada, que aquí la corriente aprieta, de cualquier muchacho veguetero que creyera tener derecho a recibir el título de "baladera".

Si, "baladera", el que coge las olas como una bala. En otros barrios, allá por Alcaravaneras o Las Canteras, se seban las olas. Pero en Vegueta, las olas se baleaban. Al fin y al cabo, la playa se sombreó mucho tiempo por un castillo artillado.

Jugar en el barrio era fácil. Frente a la aplicación de la tecnología, el individualismo y la facilidad de conseguir lo que quiere de nuestra época. Los niños de aquella Ciudad de posguerra, usaron la relación entre ellos y la imaginación como grandes armas para evadirse de una realidad que no siempre era lo grata que se quisiera.

Así, la mayoría de los juegos eran sociales, se jugaban en conjunto. Como nos cuenta Luis García de Vegueta, se jugaba al trompo, a los boliches, a las cometas, a guirgo (escondite), a piola, a los diábolos, al aro o al yo-yo.

Santa Ana y Santo Domingo, eran las mejores pistas de patinaje de la Ciudad. Y la plaza de la zona alta del barrio, escenario de tremendos encuentros futboleros de pandillas rivales, donde no importó nunca el tamaño del portón de tu casa sino la habilidad para meter la pelota entre las patas de los bancos de piedra.

Imaginación para los juguetes, así se podían conseguir cojinetes de coches en el taller de Rafael en Santa Bárbara, boliches muy cotizados. O algún trozo de madera en las carpinterías de la calle García Tello, que con una buena tacha son espléndidas espadas para defender tu calle del ataque traidor del vecino. Imaginación de cromos que se convertían en enciclopedias del saber, de bocas de alcantarillas convertidas en porterías, o de colecciones de chapas con alineaciones de lujo. De pequeños juguetes pirotécnicos, que a los canarios siempre nos a gustado el fuego, comprados en la Plaza, como la rueda de chispas, los saltimbanquis, las piedras de fuego y los ya olvidados saltapericos.

Hace no muchos años una noticia sobresaltaba por curiosa a la ciudadanía. En la prensa local aparecía, en grandes titulares que en Los Juzgados de Vegueta, donde se levantara el convento de los agustinos, ocurrían fenómenos extraños. Los guardias de seguridad del edificio relataban espantados sus experiencias nocturnas con cajones que se abrían, murmullos lejanos e incluso, prodigio de la tecnología, con máquinas de escribir que tecleaban solas a la sombra vigilante de la vieja torre conventual.

¿Quiénes serían los que durante una temporada alteraron la tranquilidad de la baja Vegueta?. La verdad es que la nómina de candidatos es larga.

En primer lugar están las empleadas o algún cliente insatisfecho del servicio, de aquella mancebía, que tan pingües beneficios aportó a las autoridades locales y que levantada en este lugar fue uno de los primeros negocios de la Ciudad.

Puede ser algún regidor, paseando por la vieja ermita que aquí se alzara. Y que con su hopa encarnada de esclavo del señor, como fiel guardián de sus derechos ante el patrono de la Ciudad, todavía no ha asimilado por que se tuvo que cambiar el viejo Cristo de la Vera Cruz por la nueva escultura de Luján, por muy carcomido y tapado que estuviera.

Derecho, como ellos bien indicarían, tendrían a ser los frailes de la Orden de

Ermitaños de San Agustín, que aquí establecieron convento, allá por 1664. Siempre celosos de sus privilegios, no solo con los dominicos de Santo Domingo sino incluso con el propio Cabildo Catedralicio.

Seguramente estarán buscando su bello claustro cuadrado de columnas lisas y que se mantuviera en pie hasta que la piqueta cumpliera su trabajo en pleno siglo XX.

A lo mejor es Pepe Caña Dulce, recorriendo con los papagüevos las calles llenas de banderas de Vegueta Baja. Que mientras toca el tambor con sus dedos amputados por voladores mal tirados. Pregona con su corneta las fiestas del Carmen en San Agustín.

Fuera lo que fuera, la historia de los ruidos de los juzgados del viejo convento se apagó tan rápidamente como había aparecido y en la plaza, los únicos escalofríos volvieron a ser lo que produce la brisa marina que sube por el callejón de la calle San Agustín.

Seguramente, Don Juan Ayala, bajo del cielo y puso orden como lo hacía con los jóvenes de Vegueta o con sus monaguillos.

el pilar nuevo,
trasera de la catedral

"...caminamos hasta el final de la calle Balcones, en la que hay una antigua y pintoresca fuente de donde los habitantes sacan agua. Había algunas muchachas con unas cañas largas (...), por ellas hacían fluir el reducido caudal hasta sus barriles. Tenían un aire muy pintoresco (...), mientras permanecían apoyadas contra las piedras grises con una elegancia inconsciente...."

Así nos describe esta plaza del Pilar Nuevo, Olivia M. Stone, aventurera dama inglesa que visitara nuestra Ciudad en el último tercio del siglo XIX.

Hasta principios del siglo XX pilares como éste, hoy en día recreado, o como el de la Plaza de Santo Domingo, que data del S. XVIII, eran lugar de obligada cita diaria para la recogida del agua y por tanto lugar de encuentro y relación social, sobre todo para las clases menos pudientes.

Diariamente estos pilares de cantería se llenaban de comentarios, historias, chismes, mientras pacientemente se esperaba el turno para recoger el agua. La técnica utilizada era muy ingeniosa ya que el agua en estas fuentes brota muy alta. Por ello, se colocaban los recipientes en el soporte de la gran taza inferior de la fuente y, a través de una caña que se apoyaba en uno de los orificios de la pequeña taza superior, el agua fluía hacia el cántaro. Una vez lleno, éste se colocaba para su transporte sobre un rodete de paño que se ponía sobre la cabeza.

Cuentan que algunas mozas eran capaces de cargar con dos tallas, una en la cabeza y otra apoyada en la cadera haciendo tan penoso ejercicio de portentoso equilibrio.

Hoy en día, todavía existen generaciones que recuerdan ver pasar por las calles de la Ciudad a las lavanderas, que usando la misma técnica transportaban sobre sus cabezas las enormes talegas de ropa sucia, camino de los lavaderos de las acequias del Guinguada.

Coronando la neoclásica fachada trasera de la Catedral que diseñara Diego Nicolás Eduardo, nos encontramos un bajorrelieve en mármol que representa a Santa Ana y a la Virgen Niña. Especie de rúbrica, indicándonos el nombre del templo ...Catedral de Santa Ana..., fue mucho el interés que los señores canónigos y el propio arquitecto pusieron en su terminación. Es el propio Eduardo quien elige la pieza de mármol . Sería su discípulo José Luján Pérez quien realizaría el diseño que labraría en 1798 el cantero Manuel Angulo.

Cuenta la crónica, que Juan Rejón, fundador de nuestra ciudad, ubica el asentamiento del Real de Las Palmas, núcleo inicial de Las Palmas de Gran Canaria, donde una nativa así se lo indicó. Y que, el capitán castellano, tomó tal recomendación como un milagro de Santa Ana a la que era muy devoto. De ahí que la principal iglesia de la ciudad esté dedicada a la madre de la Virgen.

Cierto o no, lo que nos parece irrefutable en la gran cantidad de paralelismos que existen entre Sevilla y nuestra Ciudad. El término Vegueta, pequeño y fértil valle, es andaluz. El barrio que surge al otro lado del barranco recibe el mismo nombre que el barrio situado en Sevilla en la otra orilla del Río Guadalquivir, así hablamos en ambos casos del Barrio de Triana. Y, sevillanos eran muchos de los aproximadamente seiscientos hombres que acompañaban a Rejón en su aventura. Y también es cierto que la parroquia de la sevillana Triana está dedicada a la Señora Santa Ana.

Muchos de aquellos aventureros seguro que hablarían de las dos Santa Ana. De la que dejaron atrás, en su vieja Sevilla. Y de la que levantaban, quizás para mitigar los recuerdos, en aquella ciudad que empezaba.

Don Gonzalo está enfadado. Es verdad que nunca fue persona amada en el Real, los problemas con su suegro el Conde de Lanzarote, con la Audiencia o con la mismísima Inquisición en nada le ayudaron.

Pero él, Gonzalo Argote de Molina, conde de Lanzarote, provincial de la Santa Hermandad de Andalucía, caballero 24 de la Ciudad de Sevilla, defensor de Lanzarote de piratas moriscos y de la propia ciudad ante el ataque del odiado Francis Drake.

Él, tenido por uno de los más grandes literatos del renacimiento español, humanista reconocido, autor de un discurso sobre la poesía castellana, impresor del Conde Lucanor. Y, con permiso de su majestad, dueño de una de las más grandes colecciones de arte de su época.

Él, que decidió al morir que su cuerpo esperara la resurrección enterrado en la nave principal de la vieja Iglesia del Sagrario de la Muy Noble y Leal Ciudad de Las Palmas.

Don Gonzalo piensa que ya nada queda de su tumba. La llamada Iglesia Baja o Iglesia Vieja donde fuera enterrado ya no existe. Derruida para ampliar la actual Catedral, sus restos se pierden bajo el cimborrio y sacristía de ésta. De

tan grande literato renacentista solo queda en la ciudad, una placa en la escalinata de la catedral que da a la plazoleta de Los Álamos que nos recuerda donde reposa.

Ante tan paupérrimo homenaje, Don Gonzalo piensa que tal vez prefiera que sean ciertos esos rumores que opinan que sus restos fueron trasladados a la Iglesia de La Magdalena de Sevilla, ciudad que al fin y al cabo a él le dio estatua y calle.

A Argote le queda un consuelo, por lo menos descansa a la sombra de la buganvilla. De la hermosa trepadora que un día Néstor Álamo plantara con sus propias manos a la puerta de la Casa de Colón.

Al fin y al cabo, piensa Don Gonzalo como buen humanista. ¿Qué mejor destino para mis huesos que ser cimiento y abono para esta planta?. Colocada por uno de aquellos visionarios, que hace más de 50 años, bajo la atenta sombra de las cejas de Don Matías Vega, idearon y llevaron a cabo una de las mejores etapas culturales de Gran Canaria.

Y que además coronaron, con su armas, la de Don Gonzalo Argote de Molina, la "teatral" portada verde de la Casa de Colón, sin dudar, el lugar más fotografiado del Real de Las Palmas.

Desde finales del siglo XVII hasta bien entrado el siglo XIX, estas estancias que ahora contemplamos estuvieron ocupadas por la denominada nevería o almacén de nieve.

Tiempos en que no se conocía como fabricar el hielo, por cierto, elemento muy apreciado en aquella sociedad por sus valores culinarios en la fabricación de refrescos. Y, sobre todo, por sus valores curativos como analgésico y antiinflamatorio.

Por todo ello, se ideó conservar y transportar la nieve caída durante el invierno en La Cumbre hasta la capital de la Isla.

Como bien explica Don Salvador Miranda en su estudio sobre los pozos de nieve, las precipitaciones de tan preciado elemento eran señal para el inicio de una frenética actividad. Recogida antes de que el Sol la fundiera, la nieve se compactaba en bloques rectangulares y cubierta con gruesas capas de paja y helechos, en la oscuridad de pozos excavados en la zona más alta de Gran Canaria, aguantaba años.

Es fácil de imaginar el valor de tan preciada mercancía. El Cabildo Catedralicio inteligentemente supo valorar su rentabilidad comercial y de esta

manera mandó construir dos pozos en la Cumbre. El primero, el más antiguo de los tres existentes en Gran Canaria, en 1694 y posteriormente otro en 1699.

En verano, a lomo de bestias de carga, el hielo era traído a la Catedral de Santa Ana. Descargado en estos almacenes de su trasera se comercializaba en la ciudad permitiendo a los señores canónigos completar sus rentas.

bibliografía

- Arbelo Curbelo, Antonio: Recuerdos y Reflexiones de un Canario.
- Morales Padrón, Francisco: He Vuelto.
- Viera y Clavijo, José De: Historia de Canarias.
- García de Vegueta, Luis: Nuestra Ciudad
- Navarro, Domingo J: Recuerdos de un Noventón.
- Cazorla León, Santiago: Historia de la Catedral de Canarias.
- Stone, Olivia M: Tenerife y sus Seis Satelites.
- Negrín Fajardo, Olegario: La Enseñanza en Canarias.
- Barrera Artiles, José: La Ciudad y sus Nombres.
- Herrera Piqué, Alfredo: Las Palmas de Gran Canaria.
- Navarro Ruiz, C: Nomenclátor de Calles y Plazas de Las Palmas.

- Rodríguez Doreste, José: Memorias de un Hijo del Siglo.
- López Gomes, Romeu de Armas y otros: Tomo Canarias de la colección Tierras de España.
- Varios: La Guía de Las Palmas de Gran Canaria.
- C.D. Aranda: El Primer Retrato de los Neveros. Artículo de Canarias 7. (15-12-2002).
- DLP: Miranda Calderín se doctora en Historia con una tesis sobre los Pozos de Nieve. Artículo de Canarias 7. (14-12-2002).
- Varios: Parroquia Matriz de San Agustín. Folleto de información histórico-artística.
- Millares Torres: La Inquisición en Canarias.
- Alzola, José Miguel: La Semana Santa de Las Palmas.
- Doreste, Víctor: Faycan.



**AYUNTAMIENTO DE
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**
CONCEJALIA DISTRITO I